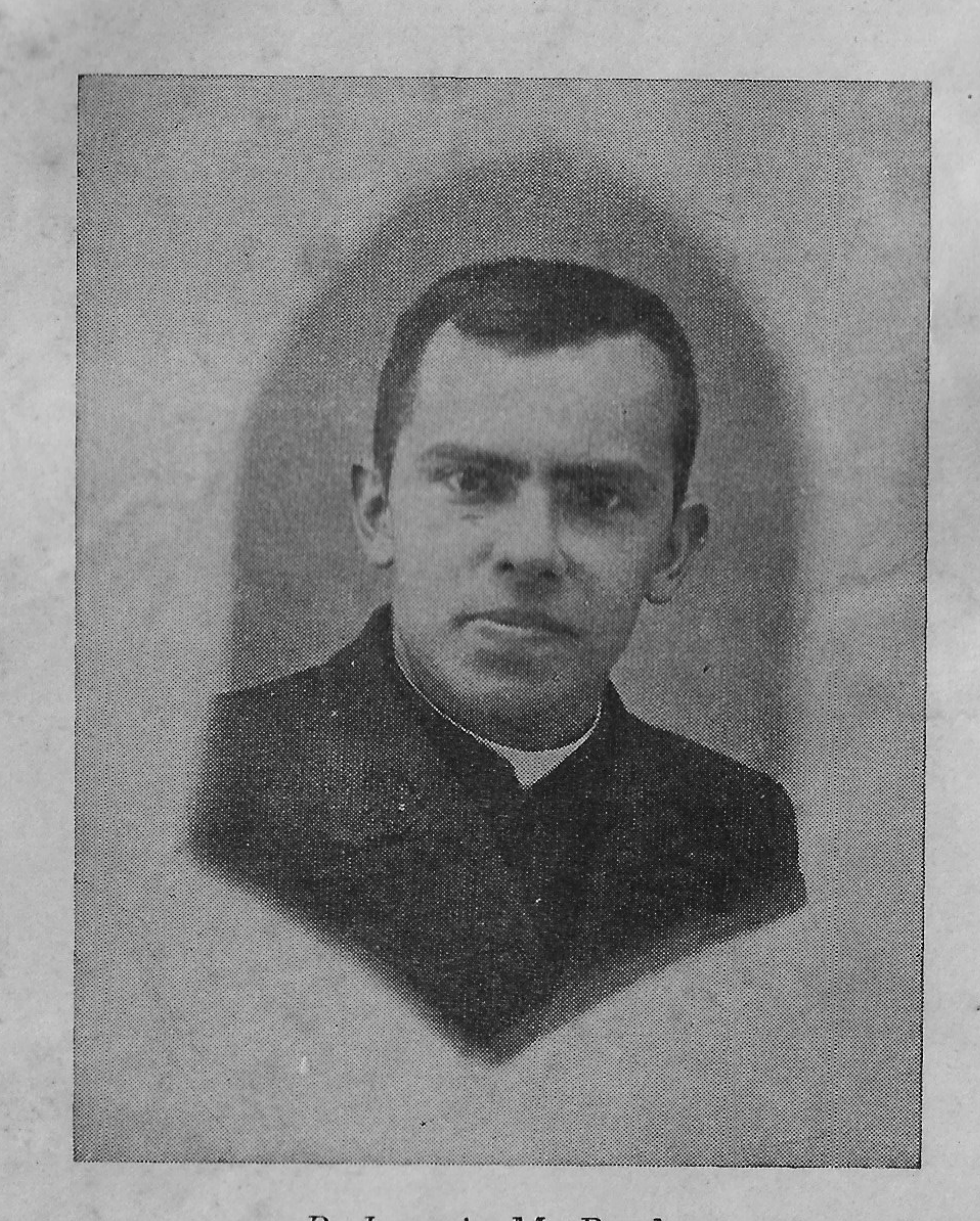


P. Ignacio M. Pardo

Agradezco, cordialmente, al Padre Miguel Rodríguez, estos rasgos biográficos del querido Padre Ignacio M. Pardo. Con ellos da una valiosísima aportación a la consolidación fraterna de nuestra familia Salesiana relevando los méritos y las virtudes de este hermano ejemplar

Fernando Peraza L.
Inspector

A MANERA DE INTRODUCCION

La Comunidad Salesiana dedica con todo cariño y reconocimiento estos apuntes biográficos a nuestro inolvidable hermano el Padre

IGNACIO MARIA PARDO

al cumplirse el primer aniversario de su fallecimiento.

Como la obra del P. Ignacio sólo puede apreciarse a través de la historia de Valsálice, por esta razón hemos preferido en su mayor parte seguir el orden cronológico. Ojalá que todos los que lean estos renglones se sientan animados a trabajar en pro de la porción predilecta de Cristo, la juventud pobre y necesitada.

UN APOSTOL DE LA EDUCACION AGROPECUARIA

CAPITULO I

LOS PRIMEROS PASOS DE UNA VOCACION

1. - Nacimiento y primeros años.

Vió la primera luz el Padre Ignacio María Pardo en la ciudad de Choachí (Vereda La Herrera), situada al oriente del Departamento de Cundinamarca; es llamada la ciudad levítica porque ha sido cuna de muchos sacerdotes y religiosos no sólo de la Comunidad Salesiana sino también de otras comunidades religiosas y del clero secular.

Choachí ha dado a la Congregación Salesiana muchos sacerdotes y coadjutores, que han brillado en el cielo de nuestra Comunidad como estrellas de primera magnitud, por su ciencia, su virtud, y por su gran capacidad de trabajo.

Nació el P. Ignacio el 1o. de diciembre de 1914; fueron sus padres Don Jeremías Pardo y Doña Margarita Pardo, honrados y laboriosos campesinos, de

costumbres sencillas, y fervorosos cristianos. De este matrimonio nacieron cinco hijos: Carlos Julio, Miguel Angel, Ignacio María, Gabriel Antonio y José Eusebio.

Tres años tendría Ignacio cuando tuvo la desgracia de perder a su buena madre, Doña Margarita, modelo de madres cristianas; consagrada por completo a los quehaceres domésticos y al cuidado de sus hijos, supo imprimir en ellos desde los primeros años el espíritu profundamente cristiano heredado de sus mayores y el esmero en el cumplimiento del deber.

Don Jeremías, hombre fortacho, de gran capacidad de trabajo, que poseía el don de mando para hacerse obedecer, era tinterillo y de los líderes principales que gobernaban el pueblo.

Formado Ignacio en la disciplina y costumbres hogareñas de la época, en la obediencia incondicional a las órdenes paternas, en el espíritu de trabajo y sacrificio que no conocía descanso, ni horas tempranas, ni la inclemencia del tiempo, ni las largas jornadas hechas a pie, ni las privaciones de todo género que tuvo que afrontar, nada lo arredraba en el cumplimiento del deber.

Formado en tal disciplina, en las duras faenas del campo y todo esto unido a su carácter fuerte y emprendedor, no debe extrañarnos, digámoslo de una vez, que heredara de sus padres el amor incan-

sable al trabajo, llevado muchas veces hasta el exceso, la disciplina exigente y austera que caracterizó, sobre todo, los primeros tiempos en que le tocó ejercer la superioridad; la precisión matemática en el cumplimiento de sus obligaciones, la fe firmísima aún en las horas más amargas y en las contrariedades de todo género de que estuvo llena su vida.

Muerta Doña Margarita, Don Jeremías contrajo segundas nupcias con Doña Bárbara León; de este matrimonio nacieron tres hijos: Carlos Alberto, José Arturo y Aura; ésta murió muy pequeña.

Muerta Doña Bárbara, Don Jeremías contrajo un tercer matrimonio con Doña Isabel Pardo, del cual no hubo descendencia.

2. - Primeros estudios.

Cursó los estudios de Primaria en las escuelas urbanas de su pueblo natal entre los años de 1924 y 1928 con la seriedad y rigor con que se hacían en aquella época; y aquí tenemos otra explicación de por qué el P. Ignacio fue tan exigente en los estudios durante el tiempo que dirigó la Escuela Agrícola de Valsálice.

En aquella época todavía había la mentalidad en el pueblo campesino de que no había necesidad de estudiar pues en igual forma se habían levantado sus mayores; sin embargo, Don Jeremías, como

tinterillo que era, pensó en darle un poco de estudio a Ignacio, pues reconocía en él buenas capacidades para estudiar. Con tal fin lo llevó a Bogotá en donde cursó un año en el Instituto de la Salle de los Hermanos Cristianos y tres años en el Colegio Salesiano de León XIII, que ha gozado siempre de mucho prestigio por su disciplina y seriedad en los estudios. Entró a este Plantel el 5 de febrero de 1930 y tuvo que afrontar muchísimas dificultades para continuar sus estudios en Bogotá. En esto oigamos a su hermano, Don Julio Pardo, quien nos cuenta cómo eran los viajes desde Choachí en aquella época. No había carretera todavía; los viajes se hacían a caballo o a pie atravesando el Páramo de Choachí y la travesía duraba seis horas hasta Bogotá. Don Julio fue siempre su fiel compañero en estos largos viajes para ir al colegio y luego para el regreso a vacaciones, generalmente sólo al final del curso escolar. Las vacaciones las pasaba dedicado a las labores del campo hasta la reapertura del curso. Por eso el P. Ignacio inculcaba tanto a sus alumnos del Plantel de Valsálice la responsabilidad de aprovechar bien los estudios, pues conocía por experiencia los sacrificios que hacen los padres de familia para dar estudio a sus hijos y la necesidad de que éstos correspondan a los sacrificios de su familia.

Durante su permanencia en el colegio de León XIII los superiores pudieron apreciar las magníficas

cualidades de Ignacio y su voluntad decidida de consagrarse al Señor en la Comunidad Salesiana. Tuvo entonces que afrontar una dura prueba. Su padre, a pesar de ser óptimo cristiano, no estaba de acuerdo con la determinación de su hijo, ya que tenía puestas en él muchas esperanzas para la familia. Ignacio se encontró ante una difícil alternativa: de una parte la obediencia filial que siempre había practicado, y de otra la conciencia del llamamiento divino. Oró y meditó mucho; mas recordando que en tales circunstancias hay que obedecer a Dios antes que a los hombres, se decidió por su vocación religiosa, sin dárselo a saber a su padre; y así fue como en febrero de 1933 hizo su petición para ser admitido en el Noviciado de la Comunidad. El Padre Pascual Richetta, Director del Colegio de León XIII, en la carta que le envió al entonces Inspector de la Provincia Colombiana, P. José María Bertola, de feliz memoria, presentándole a Ignacio como candidato al Noviciado, da este elogioso concepto: "Observó siempre óptima conducta; fue modelo de piedad y de buen compañero y dio pruebas de buenas disposiciones para los estudios". Admitido al Noviciado, Ignacio se dedicó con todo fervor y entusiasmo a estudiar la vida salesiana y a prepararse con gran esmero para su futura misión.

CAPITULO II

EN LA COMUNIDAD SALESIANA

1. - Período de formación.

Hizo el año de Noviciado que prescriben las Constituciones de la Comunidad, en el año de 1933, y emitió su primera profesión el 14 de febrero de 1934, siendo Director del Instituto del Sagrado Corazón de Jesús en la población de Mosquera, el Padre Julio Caicedo Téllez, quien años más tarde fue Obispo de Barranquilla y Cali; era Maestro de Novicios el Padre José Celma. En el Acta de admisión encontramos esta observación: "Optimo".

Hizo su profesión perpetua el 15 de febrero de 1937; era Director del Instituto del Sagrado Corazón el P. Emilio Rico, e Inspector el P. José María Bertola.

Después de su primera profesión continuó sus estudios en el citado Instituto entre los años 1934 y 1936. Ejerció el magisterio o tirocinio, como se le llama a esta prueba en la Comunidad, de 1936 a 1937 en el mismo Instituto; después pasó como profesor y asistente al Colegio Salesiano Maldonado de Tunja de 1938 a 1939.

2. - Viaja a Europa.

En este año los superiores, apreciando su gran capacidad para los estudios, su piedad sincera y espíritu religioso, lo enviaron a Italia a cursar sus estudios eclesiásticos en el Pontificio Ateneo Salesiano de la ciudad de Turín. Allí hizo todos sus estudios teológicos y fue ordenado sacerdote el 29 de Junio de 1943, en la capilla salesiana de Bagnolo, por Monseñor Salvador Rotolo, salesiano, y allí mismo cantó su primera Misa. En las estampas que en esa ocasión repartió como recuerdos, leemos lo siguiente:

"Lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a Mí lo hicisteis". Mateo 25, 40.

Recuerdo de mi Ordenación Sacerdotal
y Primera Misa

Bagnolo, 29 de junio de 1943

SACERDOTE IGNACIO MARIA PARDO

Salesiano

"Concédeme, oh Jesús, los dones de tu Divino Espíritu, y derrama la abundancia de toda gracia sobre mis padres, hermanos, parientes, superiores, amigos, bienhechores, y sobre cuantos he encontrado y

encontraré en mi camino. Gracias sean dadas a Jesús, María y José".

"El mayor Don que Dios puede conceder a una familia, es un hijo sacerdote. (D. Bosco).

Al P. Ignacio le tocó su estadía en Europa durante la segunda guerra mundial con todas sus atrocidades, hambre y calamidades, lo cual afectó su salud notablemente, de manera especial su sistema nervioso; consecuencias que tuvo que sufrir durante toda su vida. Es de anotar que en la casa paterna de su compañero de estudios, el P. Angel Bianco, luego Inspector en Colombia, recibió las más delicadas atenciones, que él recordó siempre con inmensa gratitud.

Ordenado sacerdote, ejerció con gran celo el cargo de Catequista en el Colegio de Montalenghe durante tres años. Este período de permanencia en Italia después de su ordenación (1943 a 1947), lo aprovechó además para especializarse en la Agronomía, su sueño dorado. Con permiso de los superiores estuvo en las principales escuelas agrícolas que tiene la Comunidad en Italia; y al volver a Colombia, cuando la obediencia lo destinó a Valsálice, implantó en la Granja el cultivo de la vid y lo enseñó a los campesinos de la región.

3. - Regresa a su Patria.

En 1948 lo encontramos ya de regreso a Bogotá, pero con su salud muy quebrantada. Fue atacado por una terrible afección de meningitis que lo colocó en pocos días a la puerta del sepulcro. Estaba albergado en el Colegio Salesiano de León XIII; al conocerse el diagnóstico desfavorable de los médicos se procedió a administrarle los últimos sacramentos. Se avisó del caso a la familia del enfermo. Don Jeremías, hombre acostumbrado a afrontar las situaciones más difíciles, voló a la cabecera de su hijo moribundo, resuelto a hacer hasta lo imposible para salvarle la vida. Informado del parecer de los médicos, dicen que exclamó: "Todavía no he intervenido yo; voy a llamar al médico de mi familia". En efecto, fue llamado a toda prisa el Doctor Manuel Antonio Luque Peña. Con gran dolor de su alma tuvo que reconocer el facultativo que el diagnóstico de sus colegas era verdadero; sin embargo, por aquellos días había salido una droga nueva para combatir esta enfermedad; el Doctor Luque resolvió suministrársela al enfermo como último recurso para salvarle la vida. En la Comunidad y en su familia se hacían fervientes oraciones por él. De manera especial se le pidió la gracia de la curación a María Auxiliadora, de la cual el P. Ignacio era devotísimo. El milagro no se hizo esperar: empezó una reacción favorable y en poco tiempo pudo el enfermo abandonar el lecho. Repuesto ya de su ma-

ligna enfermedad, fue enviado por los superiores, para reponer sus fuerzas, a la casa de Valsálice, recientemente abierta en territorio del municipio de Fusagasugá en el Departamento de Cundinamarca.

CAPITULO III

EMPIEZA LA OBRA DE VALSALICE

1. - Se construye el edificio y se abre una Escuela Elemental.

Procedemos aquí con los datos tomados de la crónica de la casa y de documentos hallados en el archivo del P. Ignacio, y además con reportajes hechos a testigos presenciales de la época.

La familia Uribe Holguín, dueños de la hacienda de Usatama, situada en las cercanías del naciente pueblo de Silvania, fundado por el líder regional, Don Ismael Silva, cedieron a la Comunidad Salesiana un terreno de unas cinco fanegadas, bañado por el río Barro Blanco, en donde se empezó la construcción de una casa para reposo de los salesianos del Colegio de León XIII, y con miras a establecer más adelante una escuela agrícola para los muchachos de la región. Era el año de 1942. Bendijo la primera piedra el P. José María Bertola, Inspector de la Comunidad, y con grandes sacrificios se terminó la obra en 1946 siendo Director del Colegio de León XIII el P. Luis Alberto Santacoloma, de feliz me-

moria, quien fue el iniciador y el alma de la naciente obra. La casa, de un solo piso, pero muy cómoda y elegante, con su frontis y torres de estilo morisco, planos del arquitecto salesiano señor Constantino de Castro, alumno que fue de otro insigne salesiano y arquitecto, el señor Juan Buscaglione. Al lado de la casa se construyó la piscina que disfruta el personal de Valsálice.

¡Cuántos sacrificios costó la construcción de esta casa! En primer lugar económicamente, porque casi todo el material tuvo que traerse desde Bogotá. Administraban la obra los coadjutores de la Comunidad, Patrocinio Barrera y Eduardo Sabogal; el coadjutor Moisés Cerón acarreó en el camión del colegio todo el material para la construcción; desde el año de 1943 hace de mayordomo de esta granja el señor Jesús Guillermo Caicedo, quien vivió muchos años con la Comunidad en el antiguo Oratorio situado en donde hoy está la fábrica de Bavaria en Bogotá.

Sea aquí el momento para hacer público testimonio de reconocimiento y gratitud de parte de la casa de Valsálice hacia el Colegio de León XIII, que con su generosidad puso las bases de la obra gigantesca que tenemos hoy día, y que es honor para la Comunidad y redención del pueblo pobre, que viene aquí a buscar la capacitación de sus hijos para que puedan ganarse honradamente su subsistencia.

En el año de 1947, al ser nombrado Director del Colegio de León XIII. el P. Roberto Pardo Murcia, se estableció aquí, con la colaboración de las autoridades de Silvania, su Párroco, P. Marcos Castro, y el jefe político del pueblo. Don Ismael Silva, una escuela elemental con orientación a la agricultura, dirigida por el P. Gregorio León. Había dos clases elementales y se hacían prácticas de agricultura en las horas libres.

2. - Empieza la labor del P. Ignacio María Pardo.

En 1948 al P. León se agregó el P. Ignacio María Pardo, quien a mediados del año tuvo que encargarse de la dirección de la Escuela porque el P. León tuvo necesidad de retirarse por motivos de salud. El 8 de octubre de 1951 moría en el hospital de Fusagasugá el P. Gregorio León.

En este mismo año se encargó de la Dirección del Plantel el P. Bruno Orjuela, en reemplazo del P. Ignacio M. Pardo, que tuvo que retirarse a Bogotá a causa de su salud muy alterada; pero en el mes de junio de ese año volvió a encargarse de la dirección de la Escuela el P. Ignacio, repuesto ya un tanto de su enfermedad.

El 14 de mayo de 1953 murió el coadjutor Matías Amórtegui a la edad de más de 80 años. En es-

te año el alumnado de la Escuela era: 48 internos y 15 externos.

Pero el P. Ignacio, que albergaba en su mente grandes proyectos para la obra de Valsálice, no podía contentarse con una escuela elemental y algunas prácticas agrícolas. Por otra parte la gran pobreza de la Escuela y los escasos recursos de los alumnos para pagar pensión, no permitían adelantar. Para solucionar el problema económico de la naciente obra y darle una organización similar a la que tienen las Escuelas Vocacionales Agrícolas del Estado, el P. Ignacio pensó en hacer los trámites necesarios para conseguir la nacionalización de la Escuela. Con grandes esfuerzos y venciendo muchas dificultades, logró la anhelada nacionalización por el Decreto-Ley número 14-27 de 5 de junio de 1953. Se celebró un contrato de Comodato entre la Comunidad y el Gobierno por 20 años. La Escuela quedó organizada y aprobada, y el Gobierno ayudaba para el pago de los profesores y becas para los alumnos internos.

El 12 de septiembre de ese mismo año de 1953 se inauguró oficialmente la Escuela con el nombre de Vocacional Agrícola de Valsálice; presidieron la ceremonia el señor Alejandro Rey Rey, jefe de la División de Educación campesina, el Director del Colegio de León XIII, P. Roberto Pardo Murcia, y el Director del Plantel, el P. Ignacio M. Pardo.

Los alumnos que terminaban aquí su aprendizaje en la Escuela Vocacional, que era generalmente de dos años, pasaban a la Escuela Agronómica de San Jorge en Ibagué en donde terminaban su bachillerato y sus estudios de técnicas agropecuarias y al final obtenían el título de Expertos Agrícolas. Los expertos han gozado de mucho prestigio en el país por su preparación y gran capacidad de trabajo y organización.

Entre los muchos alumnos que pasaron por la nueva Escuela en aquellos tiempos, podemos citar a los señores José Alvaro Santana, actual Profesor de técnicas en el Plantel; los señores Oliverio Rodríguez y Jorge Calderón, quienes en otra época fueron también profesores de esta Escuela y todos ellos obtuvieron sus títulos de Expertos en San Jorge. Otros alumnos al terminar aquí sus estudios pasaban a otros colegios para seguir la carrera para la cual tenían vocación y también han salido de esta casa vocaciones para el estado religioso y sacerdotal.

En el año de 1955 la Compañía de Jesús donó generosamente a la Comunidad Salesiana de Valsálice un terreno de unas 13 fanegadas que poseía anejo a los predios de la Hacienda de Usatama, con la cual se hizo una permuta para que dicha donación quedara unida a la finca de la Escuela. En esa ocasión se colocó a la entrada de la capilla una placa conmemorativa que dice:

LA COMUNIDAD SALESIANA

A LA FAMILIA

URIBE HOLGUIN

y a la benemérita

COMPAÑIA DE JESUS

esta escuela

CON VIVA GRATITUD

Valsálice, junio de 1955.

3. - El Padre Ignacio recibe el grado de Institutor Agrícola.

En el año de 1959 el Ministerio de Educación Nacional organizó en la Normal Agrícola de Buga unas reuniones durante 15 días con todos los Directores de todas las Vocacionales Agrícolas y Normales Agrícolas del País para estudiar la mejor organización de dichos establecimientos. En una de las sesiones el Ministerio de Educación Nacional, por intermedio del Doctor Gerardo Tamayo Peña, Jefe de educación campesina, confirió solemnemente al P. Ignacio María Pardo el Título de INSTITUTOR AGRICOLA, por su gran preparación en ciencias agropecuarias y por los apreciables servicios prestados a la educación campesina.



Primera Promoción de Institutores Agrícolas 1965

4. Se funda la Escuela Normal Agrícola.

El sueño dorado del P. Ignacio era el de crear en Valsálice, al lado de la Vocacional, una Escuela Normal Agrícola por el estilo de las que tiene el Gobierno en Buga, Paipa y Lorica. El Doctor Gerardo Tamayo Peña, gran colaborador de esta obra, influyó para que se abriera el Primer curso de Normal funcionando por el momento como Normal Rural en cuatro años. Obtenido el permiso del Ministerio de Educación, el 9 de febrero de 1960 se abrió el Primer curso de Normal con 34 alumnos; la Vocacional contaba ya con 100 alumnos repartidos en tres cursos que recibían los nombres de Prevocacional, Primero vocacional y Segundo vocacional.

En este mismo año de 1960 cumplió el P. Ignacio sus seis años desde su nombramiento canónico como Director de Valsálice, pues antes esta casa figuraba como filial de la casa de León XIII y el P. Ignacio dirigía el Plantel a nombre del Director del León XIII.

Entró como Director de las dos Instituciones que funcionaban en el mismo edificio y con los mismos superiores, el P. José Manuel Liévano, dinámico y digno sucesor del P. Ignacio, con gran experiencia y preparación adquiridas en la Escuela Agronómica de San Jorge en donde trabajó varios años, y que supo impulsar con gran entusiasmo la obra emprendida por el P. Ignacio.

En este año de 1960, el P. Ignacio deseoso de ampliar la finca de la Escuela, que ya resultaba insuficiente para atender a las prácticas agrícolas de los alumnos, cuyo número aumentaba cada año, resolvió comprar a nombre de la Comunidad Salesiana los terrenos vecinos de propiedad de la Hacienda de Usatama, ya que por entonces no se le quiso vender en otra parte, con una extensión de unas cinco fanegadas, cuyo pago lo hizo con el dinero que obtuvo de la venta de lo que le quedaba en Choachí de su herencia paterna; así era la generosidad de nuestro biografiado.

5. - Se construye el moderno Edificio.

El P. Ignacio continuó en la Escuela como Ecónomo de la Comunidad y como profesor de técnicas agropecuarias.

El P. Liévano, de acuerdo con el P. Ignacio, vieron la necesidad apremiante de construir un nuevo edificio capacitado para albergar al ya crecido número de alumnos y para poder complacer a las numerosas peticiones que llegaban de todas partes para estudiar en este plantel. Con tal fin se llamó al P. Federico Braden, arquitecto de la Comunidad, quien levantó el plano para la construcción de un edificio de cuatro plantas. Para financiar los gastos de

la nueva obra fue necesario hacer un préstamo al Banco y con la ayuda de otros auxilios ya al año siguiente se pudo utilizar una parte del nuevo edificio para la Normal.

En este mismo año de 1962, los Inspectores Nacionales visitaron la Normal para la aprobación de sus cuatro primeros cursos; con tal fin, con fecha 28 de mayo de 1962, se produjo la Resolución Número 1959 por la cual se aprobaban los cursos existentes con la obligación de adoptar en adelante los programas de las Normales Agrícolas.

Al principio de este año el P. Ignacio, cuya salud se resentía cada vez más, pasó a ocupar el cargo de catequista, y lo reemplazó como ecónomo el P. Gustavo Rojas. El P. Ignacio siguió, como siempre, colaborando, sobre todo en las relaciones del Plantel con el Estado y otras entidades oficiales y privadas para la mejor marcha de la Institución.

En el año de 1965 el P. Jesús Becerra sustituyó como Director del Plantel al P. José Manuel Liévano; el edificio estaba parcialmente terminado y con tal motivo se organizó un homenaje en honor del P. Ignacio M. Pardo y del P. Liévano, y en tal ocasión se colocó una placa conmemorativa en el edificio nuevo que dice:

LOS ALUMNOS DE LA NORMAL
Y VOCACIONAL
A LOS R.R.P.P.
IGNACIO M. PARDO
Y
JOSE MANUEL LIEVANO
Por su tesonera y patriótica labor
en pro de estas instituciones.

Válsálice, mayo de 1965.

En este año el Gobierno Nacional dictó la Resolución 4125 por la cual se aprueba definitivamente la Normal Agrícola de Valsálice.

El 18 de noviembre del mismo año se otorgaron los primeros grados de Institutores Agrícolas a 18 estudiantes.

En el año de 1966 asume de nuevo la Dirección del Plantel el P. José Manuel Liévano. La Escuela atravesaba por una situación económica sumamente seria pues se debía todavía dinero al Banco y faltaba mucho por hacer; pero el optimismo del P. Liévano y del P. Ignacio afrontaron con toda valentía la situación, y con la ayuda de Dios se pudo seguir adelante.

El P. Ignacio deseaba vivamente dar estabilidad a su obra y asegurarle la supervivencia para después

de su muerte; con tal fin trabajó durante tres años para conseguir que una Ley de la República asegurara esa supervivencia; las dificultades fueron innumerables y el proyecto de Ley siempre al llegar al Senado era rechazado; pero el P. Ignacio no desmayó en su intento y con la ayuda de varios amigos de la obra consiguió al fin la anhelada Ley. En la revista "Anales del Congreso", con fecha 31 de enero de 1966 aparece publicada la LEY 66 de 1965 (diciembre 23) por la cual se provee al sostenimiento, dotación, mejoramiento y ampliación de la NORMAL AGRICOLA DE VALSALICE.

6. - Es creado el Instituto Técnico Agrícola (I.T.A.)

En el año de 1968 asumió la Dirección de Valsálice el P. Carlos Julio Aponte, dinámico y emprendedor, quien dio un gran impulso a la obra. Como es sabido el Gobierno Nacional resolvió dar a las Escuelas Normales Agrícolas otra orientación: La de Bachilleratos Técnicos Agrícolas en 7 años, en lugar de seis como venían funcionando las Normales Agrícolas. Con este fin visitó repetidas veces el Plantel el Doctor Guillermo Ortiz Ramírez, Jefe de Educación Agropecuaria del ICA para conferenciar con el P. Aponte sobre la necesidad de dar a Valsálice la orientación mencionada. Así fue como en 1969 se estableció en Valsálice el Bachillerato Técnico Agrícola. Mediante Resolución número 5827 de octubre 17 de 1970, se

obtuvo el reconocimiento de los estudios y la autorización para expedir títulos de BACHILLER TECNICO AGRICOLA; y el 29 de noviembre del mismo año salió la primera promoción.

El P. Aponte terminó de construir y decorar el edificio nuevo, y ha llevado a cabo mejoras de gran importancia con la colaboración del personal del Plantel y el Gobierno; de este modo el Técnico de Valsálice es considerado hoy justamente como uno de los mejores del País. Cuenta con un profesorado calificado de Profesionales y Licenciados; las peticiones de ingreso son numerosísimas, pero por falta de espacio sólo se han recibido cerca de 500 alumnos.

7. - El Padre Ignacio es trasladado a la Agropecuaria "La Holanda".

En el mes de enero de este mismo año de 1970 fue trasladado el P. Ignacio a la Escuela "La Holanda", en Granada (Meta), para culminar allí la fundación, junto con el P. José Manuel Liévano, de una Escuela agropecuria como las que tiene el Gobierno en el país. Escuela que hoy funciona ya con sus cuatro años de Bachillerato Básico aprobados, y los alumnos que así lo desean, pasan a Valsálice a terminar sus estudios técnicos agrícolas.

Parte el P. Ignacio: Con infinita tristeza y el corazón lacerado por la pena, da el postrimer adiós a esta obra que ahora se agiganta y en la cual trabajó con todas sus fuerzas físicas y morales desde el año de 1948 o sea por 22 largos años, y en donde consumió todas sus energías para llevar a cabo un ideal que acariciaba en su corazón grande y caritativo, en donde cabían las necesidades y los clamores de la juventud campesina de Colombia. Pero el P. Ignacio era un hombre profundamente humilde a pesar de su apariencia tosca; por eso vio en esta obediencia la voluntad de Dios que lo llamaba a hacer el bien a la juventud del Llano.

De una carta que con fecha 23 de diciembre de 1969 dirigió el P. Ignacio al P. Fernando Peraza, Inspector, tomamos lo siguiente:

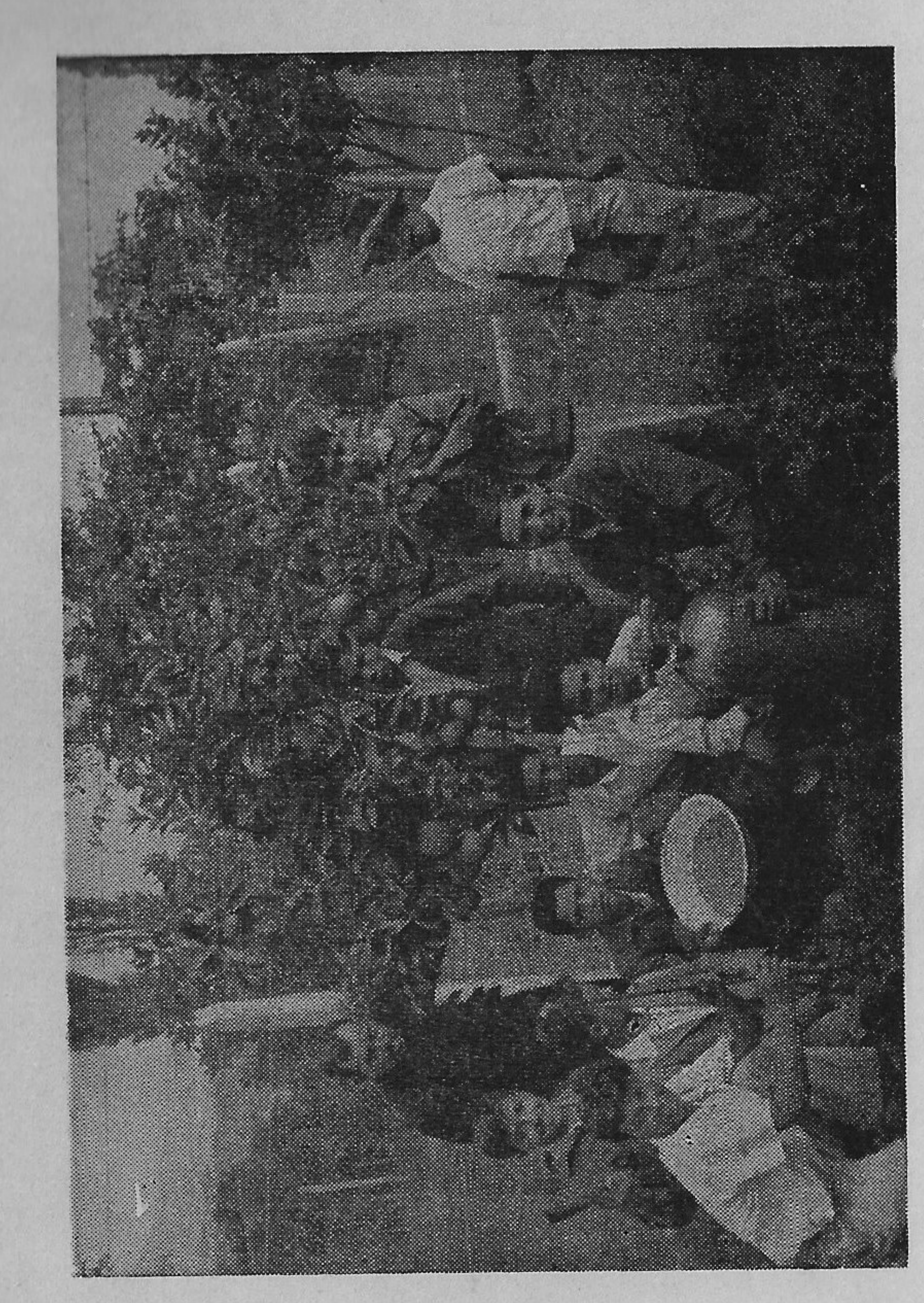
"A la vuelta de las vacaciones que tuvo la bondad de concederme en Guamal (Meta), encontré su estimada carta con la obediencia para Granada; se la agradezco y en nombre de Dios quiero cumplirla lo más pronto posible para que se cumplan en mí sus bendiciones y augurios que me manifiesta en su carta. Permítame, Padre Inspector, que observe yo lo siguiente, que en su visita a ésta, le comuniqué con toda confianza: me acompañan varios achaques de salud como dolor de cabeza, ciertas hinchazones, mareos, poca fuerza para el trabajo intelectual, un poco de miedo al mucho calor, etc. Como le expresé al

principio, quiero tener muy buena voluntad para cooperar cuanto pueda para la gloria de Dios, de nuestra comunidad y el bien de los niños..."

De una carta de fecha 3 de enero de 1970 que el P. Fernando Peraza le dirigió al P. Ignacio como respuesta a lo anterior, copiamos:

"No se imagina, querido padre, cómo le agradezco su carta del 23. Siempre he tenido en gran estima su espíritu religioso y el amor a la Congregación, que así se demuestra una vez más con toda evidencia. Sé que el trabajo del Ariari será fructífero y el germen de su apostolado educativo no quedará sin su bella cosecha y le traerá nobles satisfacciones..."

El 18 enero partió el P. Ignacio para su nuevo destino.



El P. Ignacio enseña las Técnicas Agrícolas

CAPITULO IV

VALORES DEL PADRE IGNACIO

1. - Personalidad del P. Ignacio.

Interrumpimos nuestra narración cronológica para hacer un esbozo de la personalidad del P. Ignacio María Pardo a través de su labor en Valsálice. Le tocó empezar esta obra en medio de la mayor pobreza; en un pequeño terreno de unas cinco fanegadas, de tierras áridas, llenas de piedras y de maleza; una carretera veredal, angosta y mal tenida, comunicaba con la vecina población de Fusagasugá; al principio el tráfico era muy escaso, unas dos veces al día y en unos buses tan viejos y destartalados que era raro el viaje en que llegaban a su destino, teniendo los pasajeros que hacer el resto del recorrido a pie.

Gracias a la donación que hizo la Compañía de Jesús y a las dos compras que hizo el P. Ignacio: el terreno de la loma que él compró con dinero de su herencia paterna, como se dijo antes, y otro de unas trece fanegadas a continuación del terreno donado por los Jesuitas, la finca de Valsálice tiene ac-

tualmente unas 48 fanegadas, que apenas alcanzan para organizar las actividades agropecuarias del alumnado.

Por varios años le tocó al P. Ignacio ser el factotum de la Escuela: Director del Plantel, el que llevaba las cuentas oficiales, profesor de Agronomía, encargado del servicio de la casa y de los trabajadores, mantener la correspondencia con entidades oficiales y particulares, atender a la organización de los estudios, viajar a Bogotá una o dos veces por semana para pedir el nombramiento de profesores, para solicitar auxilios pues, como siempre, el personal de alumnos es de escasos recursos y toca ayudarles de muchas maneras, y en este punto la generosidad del P. Ignacio no conocía límites: cuántos alumnos que pasaron por este Plantel en aquellos tiempos, no solamente recibieron sus estudios y alimentación gratis, sino hasta los libros de texto, el vestido y lo necesario para trasladarse en vacaciones a sus casas. Los libros de cuentas de los alumnos eran más bien nominales, pues nunca ningún alumno tuvo que irse del Plantel porque no pudiera pagar.

Este proceder de generosidad y bondad ocasionó al P. Ignacio la crítica mordaz de los que veían en esta actitud un despilfarro de los dineros de la Escuela; pero esto no fue obstáculo para que él siguiera prodigando la caridad a manos llenas.

En una época en que la cercana población de Silvania no tuvo párroco, le tocó al P. Ignacio atender también las necesidades espirituales de los fieles de esa parroquia. Viajando un día por uno de aquellos caminos veredales, ásperos y fangosos, para llevar los auxilios de nuestra religión a un moribundo, tropezó su cabalgadura y cayó, ocasionándole al P. Ignacio una lesión en una pierna, que le trajo como consecuencia una flebitis que lo tuvo postrado en el lecho del dolor por más de un año. Desde allí siguió dirigiendo su obra: Dividía los alumnos en comisiones de trabajo, y al frente de cada comisión colocaba a uno de los alumnos mayores, los cuales recibían las instrucciones necesarias para desarrollar los trabajos que se tenían programados. Desde su mismo lecho dictaba las clases, hacía las cuentas, recibía las numerosas visitas oficiales y particulares que por algún motivo llegaban al plantel. Después de un año de sufrimientos pudo el P. Ignacio abandonar su lecho, y apoyado en su rústico bastón empezó a recorrer su querida granja llevando consigo a un alumno que le transportaba un asiento para descansar a ratos, pues el ejercicio le ocasionaba la inflamación de la pierna enferma, novedad que en menor grado lo acompañó hasta su muerte.

2. - Su capacidad técnico-pedagógica.

Para estimular la iniciativa de los alumnos, además de los cultivos extensivos que ya existían, a cada alumno le asignaba una pequeña parcela para que hiciera un cultivo de su predilección; el P. Ignacio les facilitaba las semillas y abonos a bajo costo, y la cosecha se la dejaba toda al dueño de la parcela. Cada mes lo veíamos recorrer la granja para calificar los cultivos y dar las observaciones del caso.

Organizaba demostraciones públicas de prácticas agropecuarias, a las cuales asistía todo el personal de profesores y alumnos, y en muchas ocasiones invitaba también a los campesinos de las veredas cercanas: Allí se enseñaba cómo se hacen germinadores, semilleros, trazos en lo plano, y curvas de nivel en la pendiente, poda de árboles, fumigación y la manera de cosechar, etc.

Y en la parte de zootecnia y veterinaria: cómo cuidar los animales, prevención, diagnóstico y tratamiento de las enfermedades más comunes en la región, inyectología, etc. Todas estas demostraciones estaban estimuladas con premios.

A los alumnos del Plantel y a los campesinos adultos no solamente les enseñaba a cultivar las hortalizas sino también la manera de utilizarlas en la alimentación como elemento necesario para conservar una buena salud. Con este fin organizaba cada

año una fiesta muy curiosa que todavía la recordamos con cariño y admiración los que tuvimos la fortuna de participar en ella. Consistía en que se invitaba con anticipación a todo el personal del plantel y a los campesinos de las veredas vecinas que frecuentaban la escuela; en el patio interno de la casa antigua se disponía una fila de mesas; se traían todas las variedades de hortalizas que había en la granja, y las preparaban los mismos alumnos, dirigidos por la jefe de la cocina o por la mejoradora de hogar; una vez que estaba todo dispuesto, íbamos desfilando todos con nuestro plato en la mano y nos servíamos a gusto una buena porción de hortalizas, que acompañábamos con un pan preparado para esta ocasión y una gaseosa. Este método, al parecer tan sencillo, era el modo práctico de enseñar al pueblo la manera de alimentarse bien. A esta fiesta la llamaba con mucho agrado el P. Ignacio el día del "LOGRO".

El P. Igancio, de familia campesina, criado en las duras faenas de la agricultura, tenía en la sangre la vocación por las ciencias agropecuarias, y por este motivo fue una de sus grandes preocupaciones capacitar el pueblo campesino en estas técnicas, que como es sabido, constituyen la base del progreso de un país. Por eso su celo de apóstol no se contentó con preparar en este campo a los muchachos que estudiaban en el plantel sino que su actividad se

extendió a los campos de la zona de influencia, es decir, a las veredas circunvecinas; y de acuerdo con el jefe de educación agropecuaria del Ministerio de Educación, creó en Valsálice los Cursos Campesinos, consistentes en que un Experto Agrícola nombrado por el Ministerio, visitaba las fincas de los agricultores que estaban matriculados en dichos Cursos, para enseñarles a tecnificar sus fincas y prestarles la ayuda técnica, material y moral que ellos necesitaban para desarrollar sus labores. En esta forma, y con las reuniones que hacía todos los meses en el plantel, llegaron varios de ellos a tener fincas modelo para los demás agricultores, porque ellos procuraban llevar a sus fincas lo que observaban y practicaban en Valsálice. En estas reuniones se les daba a los agricultores clase teórico-práctica sobre diversos temas agropecuarios que los capacitaba mucho para mejorar sus parcelas y progresar.

Con la ayuda del Departamento estableció un pequeño vivero para proveer de árboles frutales y ornamentales a los agricultores que lo solicitaban. Además les suministraba, a bajo costo, semillas seleccionadas.

Los alumnos adultos de los cursos campesinos consideraban a Valsálice como su segunda casa; en todas las dificultades que se les presentaban en sus fincas, acudían al P. Ignacio, quien los acogía con

amabilidad y procuraba ayudarles hasta donde le era posible.

Por esta misma época se creó en Valsálice el cargo de las mejoradoras de hogar, que se encargaban de instruir a las esposas de los agricultores en la manera de mejorar sus hogares: higiene de la casa, costura, puericultura, culinaria, etc.

La terminación del año escolar revestía en aquellos tiempos una importancia especial: se invitaba a este acto a varias personalidades del Gobierno y de entidades particulares; se organizaban pequeñas exposiciones artesanales y de productos de la agricultura preparados especialmente por los campesinos. Había premiación no solamente para los alumnos de la Escuela, sino también para los campesinos adultos que se habían distinguido por el mejoramiento de sus fincas, y para los mejores trabajos presentados en la exposición.

El P. Ignacio creó en Valsálice la Cooperativa Escolar, con la finalidad de enseñar a los alumnos la importancia del Cooperativismo bien llevado; consiguió para ella la personería jurídica. Por mucho tiempo él mismo la dirigió en calidad de orientador, y la Cooperativa llegó a ser muy floreciente; pero cuando ya por la nueva organización del Plantel y por su quebrantada salud, el P. Ignacio se retiró de la Cooperativa, fue decayendo y ahora se está trabajando para organizarla de nuevo.

3. - El Padre Ignacio, signo de contradicción.

El P. Ignacio, a semejanza de San Juan Bosco, fue incomprendido porque pensó en grande, porque se adelantó a su época, porque ideó grandes proyectos para la redención de sus hermanos campesinos.

En más de una ocasión, caminando por los camellones de la Granja con el P. Miguel A. Rodríguez, quien fue su compañero de faenas por 14 años, le hablaba de sus proyectos. Paseando su mirada por la pequeña finca y levantando sus ojos hacia el horizonte como quien se proyecta hacia el porvenir, le decía: "Esta obra es de Dios, El la quiere; tendremos una finca grande, grandes edificios, tendremos una Normal Agrícola como las que tiene el Gobierno; y más adelante es posible que tengamos aquí una Facultad de Agronomía". Su compañero, a quien en ese entonces le parecía una ilusión pensar en semejantes proyectos ante la realidad de la pobreza en que vivíamos, lo miraba con una sonrisa de incredulidad; pero el P. Ignacio con esa fe inquebrantable en Dios que lo caracterizaba, le respondía: "Ya verá lo que haremos; la obra es de Dios y El la llevará adelante a pesar de todas las dificultades". Hoy, cuando vemos los pronósticos del P. Ignacio convertidos en una grandiosa realidad, no podemos menos que admirar la sabiduría de Dios que escoge para sus grandes obras los instrumentos que humanamente parecen los menos aptos; pero El, que conoce

la intimidad de los hombres, descubre en ellos los colaboradores dóciles a sus inspiraciones. El P. Ignacio sintió el llamamiento de Dios para crear en este lugar una obra para beneficiar a la clase hasta ahora más olvidada, los campesinos, y no vaciló un momento en realizarla esperando contra toda esperanza como del Patriarca de Israel dice la Biblia. Llegando así a ser el P. Ignacio, padre y benefactor de una ingente multitud de jóvenes que bendecirán el nombre de aquel hombre generoso que sacrificó su vida y su tranquilidad para dejarles una obra que les asegure la subsistencia a ellos y a sus familias.

4. - Su caridad con los enfermos.

De esto da un vivo testimonio el P. Miguel Rodríguez, quien llegó a Valsálice en el año de 1956, en un estado lamentable de salud: completamente agotado por el exceso de trabajo y la inclemencia del clima donde le tocó trabajar. El P. Ignacio lo recibió con inmenso cariño y le dijo: "Vamos a mejorarlo; no ahorraremos gastos; estamos pobres pero la Divina Providencia nos ayudará". Los hechos se encargaron de corroborar la riqueza de su generoso corazón: empleó con él cuidados y finezas verdaderamente paternales. Así fue como después de dos años pudo el P. Rodríguez empezar a dar algunas clases.

Su caridad con los alumnos enfermos no tenía límites: Los mandaba al médico; si ellos no podían, les costeaba los remedios. Y solía decir con mucha gracia: "Le pasaremos la cuenta a la Divina Providencia". Y acostumbraba decir también: "El mejor negocio es ayudar a los pobres". Y como prueba de su aseveración, muchas veces al volver de Bogotá llamaba a su amigo y confidente, el P. Miguel Rodríguez, y le decía al oído, con su sonrisa característica: "Me han dado un auxilio de tantos miles de pesos; le hemos gastado a los pobres algunos centenares, y Dios nos manda miles".

5. - Su espíritu de piedad.

Para el P. Ignacio, el trabajo era oración, a semejanza de San Juan Bosco. La agobiadora tarea diaria del cumplimiento de sus deberes, poco tiempo le dejaba para dedicarse a largas oraciones; sin embargo, sabía encontrar los momentos para sus coloquios con Dios. Se levantaba a las cuatro de la mañana; a las cuatro y media ya lo encontrábamos en la capilla haciendo su meditación y su preparación a la Santa Misa, que celebraba a las cinco con un fervor verdaderamente edificante; su acólito por mucho tiempo fue el Coadjutor Juan de la Cruz Rubiano, que prestó este servicio mientras la Misa se celebró en latín; después le ayudaba un alumno. A las cinco y media tomaba su desayuno, y en seguida

con su viejo sombrero y su bastón, acompañado de los alumnos jefes de comisiones de trabajo, recorría la granja para dar las últimas instrucciones sobre los trabajos programados para ese día.

Gustaba mucho de leer la Sagrada Escritura y fue un gran apóstol en la propagación de la Biblia en Valsálice, y sabía hacérnosla gustar. Repartió gran número de Biblias entre los alumnos hasta conseguir que casi todos la usaran en las clases de Religión; se las daba a bajo costo y se las obsequiaba a los más pobres.

Aprendió de San Juan Bosco sus dos devociones predilectas: Amor ardiente a Jesús Sacramentado y devoción filial a María Auxiliadora, la verdadera fundadora de la Comunidad Salesiana: "Yo te daré la Maestra"; le dijo el Señor en el sueño de los nueve años, y no podríamos los salesianos desconocer esta realidad sin faltar por esto mismo a la fidelidad a Don Bosco.

Al caer de la tarde, agobiado de cansancio por el abrumador trabajo del día, lo veíamos recorrer a paso lento las avenidas de la Granja, acompañado de un grupo de alumnos voluntarios, con su camándula en la mano, saludando a María Santísima con el rezo ferviente del santo rosario, que hoy, por una renovación exagerada, pasó en muchas partes al olvido como tantos otros valores de orden religioso que son verdaderos patrimonios heredados de Don Bos-

co y que no pueden pasar de moda; la devoción a la Madre de Dios se necesita hoy más que nunca para llevar a Cristo a un mundo que por múltiples causas se aleja cada vez más de su Señor y Salvador, y cuando su Santidad Pablo VI ha declarado solemnemente a María como madre espiritual de la Iglesia de Cristo.

El mes de Mayo revestía una solemnidad especial como preparación a la gran fiesta de María Auxiliadora: Los alumnos organizaban alferazgos por cursos o por colonias; arreglo especial de la imagen de María en los salones de clase y en la capilla; los sábados de Mayo, hacia las siete de la noche, solemne procesión con la imagen de María bellamente adornada a gusto de los alumnos, rezando el santo rosario y portando en las manos faroles multicolores, y como era costumbre de la época, la pólvora no podía faltar.

Quizá para muchos hoy día esta piedad del P. Ignacio y que él infundió en el personal del Instituto no represente nada; estará catalogada en la religión de tipo sentimental, beatería o mil términos más que se oyen a veces para apreciar con poca lógica la religiosidad de nuestros mayores; pero los que tuvimos la fortuna de vivir con el P. Ignacio podemos atestiguar que la piedad de aquel tiempo era sincera y que produjo frutos saludables en el personal de la Escuela.

6. - Sus relaciones con el Estado y con otras Entidades.

Al P. Ignacio, lo mismo que San Juan Bosco, para llevar adelante su obra le tocó relacionarse con muchas entidades y personalidades para buscar consejo, dirección técnica y de manera especial recursos para sostener la Escuela. Vencido el contrato de comodato con el Gobierno, se renovó por otros veinte años; durante los veinte años del primer contrato mantuvo las más cordiales relaciones con importantes personajes del Gobierno. También estuvo muy relacionado con la Gobernación de Cundinamarca, de quien recibió valiosa colaboración en becas, profesores en comisión y algunos pequeños auxilios, que para el P. Ignacio eran valiosos, dadas las necesidades siempre crecientes de su obra.

La Escuela de Valsálice fue desde ese tiempo, como lo es ahora, constantemente visitada por personas de todas las clases sociales, delegaciones extranjeras, como las de Venezuela y el Brasil, que vinieron a Colombia para hacer estudios sobre las vocacionales agrícolas e implantarlas en sus respectivos países.

Importantes personalidades visitaron la Escuela en aquella época. Citaremos sólo algunas: En 1951 visitó la Escuela el Doctor Juan Uribe Holguín, Gobernador de Cundinamarca; en 1955, el Ministro de

Educación Nacional, Doctor Aurelio Caicedo Ayerbe; en 1956, el Dr. Fulgencio Londoño, Secretario General del Ministerio; en 1959, el Ministro de Educación Nacional, Dr. Abel Naranjo Villegas, quien influyó mucho para la creación de la Normal en Valsálice; etc.

También la Federación Nacional de Cafeteros colaboró mucho por medio de sus técnicos en café y otros cultivos.

La prensa y las revistas importantes del país elogiaron la obra de Valsálice. A manera de ejemplo citamos literalmente el artículo que publicó la Revista "Colombia Campesina", órgano de la División de Educación Campesina del Ministerio de Educación Nacional, en su número 16 de 1957:

"LA EXPOSICION DE VALSALICE"

"A fines del año pasado la Vocacional Agrícola de Valsálice (Fusagasugá), llevó a cabo una exposición agrícola que revistió la mayor importancia bajo el punto de vista de la extensión de conocimientos y técnicas para el mejoramiento del campesino. Su Director es el P. Ignacio Pardo, quien con sus inmediatos colaboradores ha logrado una verdadera "Finca Piloto" para la enseñanza de los campesinos de la zona de influencia. La exposición de Valsálice fue modelo en su género. No solamente se

ofrecieron a los visitantes frutos de la mayor belleza botánica, sino que mediante maquetas apropiadas se pusieron de presente los procesos y técnicas necesarios para su obtención. Además se hicieron exámenes públicos para demostración de conocimientos por parte de los alumnos, siendo premiados los más sobresalientes con utensilios agrícolas. Al aspecto costumbrista y folclórico también se le dio la debida importancia mediante bailes típicos y murgas que interpretaron lo mejor de su repertorio en materia de música colombiana. La exposición de Valsálice obedece al plan de intensificación de estas prácticas, puesto en marcha por la División de Educación Campesina".

7. - Su gran amor a la Comunidad.

El P. Ignacio dedicó toda su existencia a servir a Dios en la Comunidad: A ella consagró su vida, todas sus capacidades, ese carisma de ganar amigos y colaboradores para su obra, su tranquilidad, ese compromiso cumplido plenamente tanto en las horas difíciles como en las horas de prosperidad y de augurios; buscó siempre servir a Dios en el prójimo y no ahorró sacrificio para darle prestigio a la Comunidad.

De una carta que en 1956 dirigió al P. Angel Bianco, tomamos lo siguiente: "La grandeza de la Comunidad Salesiana aquí en Colombia me parece que está basada en las escuelas agrícolas. He visto

que nuestra finalidad religiosa y sacerdotal de buscar almas, se puede cumplir con toda plenitud atendiendo la juventud y el campesinado mayor de edad según los ardientes deseos de la Iglesia y de D. Bosco...... La patria necesita, indefectiblemente, la educación agrícola del campesinado".

La obediencia filial a sus superiores fue su característica especial, como ya se hizo notar; por eso cuando la obediencia creyó conveniente que entregara la Dirección de Valsálice y pasara a otros cargos, lo hizo humildemente, y desde esos puestos siguió colaborando para el adelanto de su querida obra. Cuando por las mismas circunstancias fue trasladado a la Agropecuaria "La Holanda", como ya dijimos, partió con el dolor que suponen las grandes separaciones, ya que Valsálice ocupaba lugar preferente en lo más íntimo de su corazón, pero por otra parte lo consolaba el pensamiento de seguir trabajando en bien de la juventud, en el Llano.

CAPITULO V

LA ETAPA FINAL

1. - Su última enfermedad.

Recordemos que en enero de 1970 fue trasladado el P. Ignacio a la Agropecuaria "La Holanda" en Granada (Meta). Como él mismo lo dice en su carta al Superior, P. Fernando Peraza, se siente muy enfermo, cansado, y agotado. Pero a pesar de su precaria salud, el P. Ignacio colaboró en La Holanda, durante todo ese año con la mejor voluntad, hasta donde se lo permitieron sus fuerzas.

Por el mes de diciembre subió a Bogotá para hacer algunas diligencias y allí fue sorprendido por un ataque fulminante al corazón que lo puso al borde del sepulcro. Fue trasladado inmediatamente a la "Clínica Bogotá", de la Capital, en donde fue atendido de urgencia por los especialistas, quienes diagnosticaron insuficiencia cardíaca rebelde e hipertrofia biventricular con dilatación importante del ventrículo derecho. El pronóstico de los médicos fue

desfavorable, y aconsejaron trasladarlo a clima marítimo para prolongarle la vida otros días.

2. - Viaja el P. Ignacio a Ciénaga.

Después de algunos días de tratamiento esmerado en la "Clínica Bogotá", experimentó una ligera mejoría que se aprovechó para trasladarlo a la casa salesiana de Ciénaga (Departamento del Magdalena), que está situada en la playa, en donde tuviera facilidad de bañarse en el mar y reposar. Allí permaneció durante todo el año de 1971; al principio tuvo una reacción favorable que nos hizo pensar en una posible recuperación de su salud; pero muy pronto se marchitaron aquellas esperanzas, pues la salud del P. Ignació empeoró, y por el mes de diciembre llegó hasta tal punto la gravedad de su enfermedad, que se esperaba de un momento para otro el deceso. Muchos salesianos y familiares del enfermo fueron a visitarlo con el anhelo de verlo por última vez; entre otros lo visitó el P. Héctor Jaramillo Duque, que a la sazón reemplazaba al P. Fernando Peraza, Inspector de la Provincia de Bogotá, que se encontraba en Italia con ocasión del Capítulo General de la Comunidad.

El P. Ignacio manifestó al P. Jaramillo el deseo de tener a su lado, siquiera por unos días, a sus antiguos compañeros de labores en Valsálice, el P. Mi-

guel A. Rodríguez y al coadjutor Ramón Josué Pardo, Institutor Agrícola, egresado de la Normal Agrícola de Valsálice, fundada por el P. Ignacio. El P. Jaramillo ordenó inmediatamente el traslado de dichos salesianos a Ciénaga para acompañar al querido enfermo en esas vacaciones; pero por diversas dificultades, sólo a finales de diciembre pudo viajar Don Josué Pardo, quien lo acompañó hasta el 12 de enero de 1972, fecha en que le tocó viajar a Bogotá por ocupaciones inherentes a su cargo. El 4 de enero viajó a Ciénaga el P. Miguel A. Rodríguez, quien lo acompañó hasta el 21 de enero por la tarde, día en que tuvo que viajar a Bogotá, llamado de urgencia para las reuniones del profesorado con motivo de la organización del nuevo año escolar.

Durante los días que acompañó al enfermo el P. Miguel A. Rodríguez, celebró todos los días la Santa Misa en la habitación del P. Ignacio; él se hizo colocar la estola al cuello y desde su lecho concelebraba con un fervor verdaderamente edificante como lo había acostumbrado toda su vida sacerdotal; hizo su confesión, pidió la bendición de María Auxiliadora, que fue una de sus devociones predilectas, y con profunda tristeza se despidió del P. Miguel A. Rodríguez al disponerse éste a viajar a la Capital.

El mayor sufrimiento que afligía el corazón del P. Ignacio en Ciénaga fue el de la soledad, si bien

los salesianos de la casa de Ciénaga hicieron todo lo posible para atenderlo; por algún tiempo estuvo internado en la clínica de Santa Marta hasta que los médicos se declararon impotentes ante la enfermedad que seguía su curso destructor y aconsejaron trasladarlo a la casa salesiana y seguir un tratamiento para aliviarlo; una religiosa Laurita estuvo atendiéndolo caritativamente durante el día, y en los períodos de más gravedad, también durante la noche; era visitado frecuentemente por los salesianos y alumnos del Colegio y por los amigos de la casa; con todo, el P. Ignacio sentía mucha tristeza por encontrarse lejos de su amado Valsálice, que en aquellos postreros días estimó más que nunca: Con su mente perfectamente lúcida lo recorrió palmo a palmo, y se hizo informar de los progresos a que había llegado aquella humilde obra nacida 22 años atrás.

Deseaba dar el postrimer adiós a sus familiares a quienes apreciaba tanto, morir cerca de la tierra que lo vio nacer; deseaba viajar a Agua de Dios, pero los médicos no lo permitieron pues seguramente moría en el viaje.

Todo el mes de enero lo pasamos entre el temor y la esperanza; pues había días que tenía una aparente mejoría: se levantaba solo, se hacía sacar al corredor en donde pasaba largos ratos oyendo música clásica, a la cual era muy aficionado; o recor-

dando los tiempos heroicos de Valsálice; y en este punto al pensar en los progresos de la obra y el bien inmenso que se estaba haciendo, colocaba sus manos temblorosas sobre su pecho dolorido y levantando los ojos al cielo exclamaba: "Gracias a Dios que hemos podido con su ayuda llevar a cabo una obra que hace tanto bien".

Un día que se sintió muy mal le dijo al P. Miguel Rodríguez que lo acompañaba: "Si Ud. está aquí cuando lleguen mis últimos momentos, réceme las oraciones de los agonizantes, y no me olvide después de mi muerte sobre todo en la Santa Misa"; el P. Miguel le dio la palabra de cumplir su voluntad; no pudo asistirlo en sus últimos momentos pues él se vino el viernes 21 por la tarde y el P. Ignacio murió el lunes 24; pero sí cumplió lo de rezar por él: todos los meses durante todo el año ha aplicado la Santa Misa por el eterno descanso de su alma el día 24; y a él le correspondió en Valsálice el honor de celebrar las 30 Misas que prescriben las Constituciones de la Comunidad por el salesiano que muere.

2. - Muere el P. Ignacio.

Durante toda su vida el P. Ignacio profesó una devoción sincera a María Auxiliadora y Ella correspondió maternalmente salvándolo de la muerte a su regreso a Colombia, ayudándole en el desarrollo de su obra de Valsálice, y ahora el día 24, consagrado a

Ella, lo recibe en sus brazos maternales para llevarlo a recibir el premio de gloria del siervo bueno y fiel que hizo fructificar el ciento por uno de los talentos que el Señor le había concedido.

Después de los solemnes funerales que se celebraron en Ciénaga, fue trasladado el cadáver por avión de la Empresa Avianca a Bogotá, en donde se le hizo un solemne recibimiento en el Aeropuerto de "Eldorado". De todas las casas de la Sabana y poblaciones más cercanas acudieron los salesianos, las religiosas, los familiares y amigos para rendir al P. Ignacio el homenaje póstumo de su cariño. Valsálice, como es natural, tomó parte muy activa en estos actos: subió el bus del plantel con una nutrida representación de salesianos, alumnos, amigos, portando una bella corona.

Del areopuerto fue conducido el cadáver en una carroza fúnebre al templo de Nuestra Señora del Carmen, en donde se tuvo un solemnísimo funeral con numerosos concelebrantes; el templo estaba colmado de fieles. Correspondió pronunciar la oración fúnebre al Superior de la Comunidad, el P. Fernando Peraza, quien en frases sentidas hizo resaltar las virtudes del finado, sobre todo su bondad, su entrega generosa al servicio de los demás y su decisión de hacer la voluntad de Dios en todo.

Copiamos a continuación la oración fúnebre del P. Peraza porque ella es un testimonio del aprecio y del concepto altamente elogioso que el superior tenía de la personalidad del P. Ignacio M. Pardo:

"De nuevo, hermanos míos, la muerte ha visitado nuestra casa y puesto la desolación en el corazón de la familia de D. Bosco.

Nosotros sabíamos que ella estaba cercana pero no pudimos habituarnos a su presencia inminente; y siempre confiamos en tener un día más con nosotros al amigo bondadoso, al religioso ejemplar, al solícito sacerdote a quien todos, sencillamente apelábamos Padre Ignacio.

. . . . .Ya Ignacio Pardo encarnaba, la culminación de una idea educativa, y sobrecargado por las fatigas de la dura y prolongada brega y la debilidad de una salud precaria, recogió pacíficamente en su espíritu los frutos evangélicos de su vida.

No hubo en él qué no denotase simplicidad de ánimo, bondad, laborioso servicio, permanente actitud de oración, y alma abierta a las más sublimes inspiraciones de la gracia. Cumplió su camino en la fe, pródigo en caridad para todos, y vigilante lo encontró la última hora y maduro en méritos para el cielo.

El P. Ignacio puede simbolizar los valores más genuinos de esa grande generación salesiana que nos ha inmediatamente precedido.

Hombre eminentemente práctico, se caracterizó por su celo aprendido en la meditación y lectura de los ejemplos de Don Bosco; temerariamente afrontó la escasez y la dureza de su misión; concibió un proyecto de salvación para los jóvenes pobres del campo, los quiso ver capacitarse y crecer como honestos ciudadanos y hombres útiles y constructores para el porvenir de sus semejantes; les predicó con el testimonio mismo de su conducta el mensaje de Jesús; puso en ellos su confianza de padre y maestro, y todo lo suyo lo entregó generosamente a esa empresa educativa. Así surgió y adquirió consistencia la Escuela Agronómica de Valsálice, síntesis concreta de sus aspiraciones y sus sacrificios.

Sin embargo, el corazón de este religioso conservó el desprendimiento y la libertad interior del pobre. Siguió en todo momento las indicaciones providentes de la mano del Padre, por quien todos somos hermanos. No escogió nada para sí. Siempre pensó en los demás. Lo movía el amor en todas las cosas. Y fue el amor quien lo dispuso para la llegada de la muerte.

Y esta es la hora del Misterio de la Pascua. El también ha pasado como el Señor Jesús, hacia el do-

mingo, hacia la aurora de la resurrección a través de la vía crucis. Y él así hace patente a nosotros el camino que a todos corresponde seguir para llegar al descanso y la paz de los justos. Si en este momento nos congrega el dolor de su ausencia, también nos ilumina con la luz de esta grande y única esperanza del cielo.

Para todos vosotros, hermanos y parientes del P. Ignacio, la más sentida condolencia. Para vosotros salesianos y amigos, la palabra familiar, conmovida pero consoladora: Quiera el Señor que la muerte de este amadísimo hermano, sea semilla fecunda de virtudes religiosas y apostólicas entre nosotros y siembra de auténticas y decididas vocaciones salesianas. Y reciba el premio que en la amplitud de un corazón sacerdotal se ha merecido. El que tuvo como madre a María Auxiliadora y ya en la vida gozó de los consuelos y la ternura del corazón de la Virgen. Amén".

Terminado el funeral, el deseo de la Comunidad era el de colocar los despojos mortales del P. Ignacio en el cementerio central de la Capital, donde la Comunidad tiene un mausoleo; pero sus familiares y amigos pidieron el cadáver para trasladarlo en seguida a Choachí, su ciudad natal. Con gran dolor tuvimos que acceder a esta justa petición de sus deudos. Pero al día siguiente partieron representaciones

de las casas salesianas de Bogotá, y de manera especial de la Casa Inspectorial y de la Casa de Valsálice, para asistir a los solemenes funerales en la Iglesia parroquial de Choachí. Con los corazones lacerados por el dolor lo acompañamos hasta su última morada, pero con la esperanza de que él seguirá desde el cielo protegiendo su obra para que sea cada vez más floreciente.

El P. Ignacio se ha marchado pero su recuerdo, sus enseñanzas, su obra quedan en nosotros. Como todos los grandes hombres, tuvo defectos y equivocaciones, que hacen contraste en el cuadro magnífico de sus virtudes, entre las cuales se destaca la caridad traducida en su afán de servicio al prójimo. El P. Ignacio nos enseña lo que puede un hombre cuando tiene un noble ideal y tiene la fe en el éxito de su empresa. Al P. Ignacio nuestro testimonio de agradecimiento, nuestras oraciones y la promesa de seguir sus huellas en el cumplimiento de nuestra misión de trabajar de manera especial por la juventud pobre y necesitada.

P. Ignacio, hasta vernos en la eternidad.